

se aficionó de tal modo el arte al empleo del símbolo, que, cuando, por más adelantado tecnicismo y mayor progreso, y amplitud en las formas, no fué tan preciso como elemento revelador y pedagógico, aun lo siguió empleando y acaso con prodigalidad excesiva, como complemento de sus producciones iconísticas, o como simple ornato en sus labores de orfebrería y forja, o como reglas fundamentales de la planta de sus templos y de la traza toda de su fábrica y más complicada decoración de las portadas, de las torres, de los contrafuertes, de todos en fin sus miembros arquitectónicos.

Y, de estos dos elementos principales que integran el arte, el Realismo y el espiritualismo ¿en cual de ellos incluimos al símbolo?

Bien considerado parece que participa de ambos géneros, si bien carezca en ambos de toda su perfección. Tiene de realista en cuanto reproduce una forma propia, y en cuanto proclama el perseverante esfuerzo de la Iglesia en traducir de algún modo en lo sensible lo insensible y divino; y en cuanto representa algo distinto de su propia especie y evoca en el alma de un modo balbuciente y convencional lo que trasciende sobre el orden de la materia, puede llamarse espiritual; y así las piedras y los bronceos donde el

